

# frente libertario

Madrid,  
7 de julio  
de 1937

Núm. 221

editado por el comité de defensa confederal :: región centro

## VIVIMOS HORAS DEFINITIVAS

# Camaradas, luchadores: La palabra y el pensamiento es: Adelante

**El Ejército del pueblo se ha lanzado a la ofensiva que tiene que libertar a Madrid del asedio a que lo tienen sometido los rebeldes. Hoy más que nunca es hora de realidades. Y sólo el pensamiento en la victoria redentora debe iluminar la mente de todos nosotros**

Las tropas del pueblo han iniciado en la mañana de hoy una ofensiva a fondo contra las tropas que desde hace meses pugnan tenaces y persistentes por entrar en Madrid. Finalmente la moral de resistencia se ha trocado en moral de ataque y los luchadores de la libertad han saltado de los parapetos desde los cuales se cerraba el paso a los rebeldes y han avanzado entre el silbar de las balas para ocupar las posiciones desde las cuales se hostilizaba a los habitantes de esta ciudad, que ha resistido impávida todos los horrores de la peor de las guerras sin que su ánimo tuviera un desfallecimiento.

Ante el empuje arrollador y decidido de los trabajadores españoles, el enemigo ha cedido terreno y ha abandonado posiciones de la mayor importancia estratégica. Previa formidable preparación de artillería y aviación, los soldados del pueblo han cubierto los objetivos señalados por el Mando. Brunete ha sido ocupado. Seseña y Villanueva sienten cercana y tenaz, la presión de las tropas populares. Se ha roto el encanto y el fantasma

de lo imposible ha caído ante la violencia apasionada de los trabajadores españoles.

No hay imposibles. Ante las voluntades firmes se rinden inexorablemente todos los obstáculos. Y la voluntad del pueblo es voluntad decidida de victoria rotunda, de triunfo sin

claroscuro de éxito total. Por esto el pueblo, frente a todas las dificultades ha afirmado su valor; ante todos los sacrificios ha afirmado su heroísmo. Y en estos momentos intensos de ataques definitivos, está revalidando todos los títulos de gloria que en un largo año de lu-

cha y de dolores ha conseguido con su esfuerzo y con su valor sin límites.

La ofensiva se ha iniciado bajo los mejores auspicios. La tierra que fué del pueblo, vuelve a estremecerse con cariño bajo las pisadas rápidas y seguras de los hijos del pueblo;

hasta los guijarros de los caminos tienen el estilo sonriente de la felicidad que vuelve. El pueblo marcha hacia adelante y no habrá ni fuerza ni coraje suficientes para cerrarle el paso. Han pasado los momentos de las vacilaciones y de las dudas, y por todo el ámbito del Ejército del Centro resuena el mismo clamor de ataque, de ofensiva y de victoria. Las banderas populares flotan seguras por encima de los campos de batalla y llevan vuelo tenso hasta hincar sus mástiles en las torres que hasta hace pocas horas se albergaban los hombres y las máquinas de guerra de los rebeldes.

La ofensiva se ha iniciado. Las fuerzas del pueblo avanzan. Y sólo hasta que el último hogar de la capital de España, de la ciudad heroica, asombro del mundo, esté fuera por muchos, muchos kilómetros, del alcance de los cañones de los rebeldes, se habrán cumplido los objetivos militares que el pueblo reclama y exige con la patente igualada de su heroísmo y de su sacrificio.

## A la luz de la luna

Como perros de cortijo nos despiertan las sirenas a altas horas de la noche, indicándonos que los guardianes vigilan para que no puedan consumir su crimen esos piratas sin control que rondan por nuestras costas.

Aullan en el silencio y sus lúgubres silbidos van acompañados de mensajes mortales que lanzan los cañones hacia la raya del horizonte, donde se han columbrado los monstruos de acero. La luna cabrillea en las aguas y hace señales de luz fría desde el reborde bruñado de las corazas. La muerte se cierne sobre los seres a los que ya recubre el sudario lunar. En esta quietud de un mundo congelado, sólo se perciben los latidos cardíacos de las madres que temen por sus hijos. La guerra ha hecho ya caer tantos seres inocentes, que es como si una fatalidad bíblica se cebara sobre las tiernas criaturas, haciéndoles pagar las culpas de los mayores.

¿Qué será de este pueblo el día de mañana, diezmado, disperso, y con las nuevas generacio-

nes ausentes de la tragedia que las obligó a emigrar? ¿En dónde volverán a rehacerse los hogares deshechos y cuándo podrán decir los hombres a sus compañeras esas palabras que se hacen interminables en el tiempo?

En una nueva Judea quieren convertir a la Península ibérica los defensores del racismo, del imperialismo y del capitalismo. Una nueva Judea en la que los sobrevivientes útiles serán empleados al servicio de la nueva Roma que trae con sus legiones a los bárbaros del norte, porque ella sola no se ha sentido con fuerzas bastantes para entrar a saco en el país.

Por eso viene espiando desde hace años en la impunidad de una fingida amistad diplomática, todas las acciones de este pueblo, al que, sin embargo, teme, por los dos siglos de opresión que le hizo sufrir; y una vez tomadas toda clase de precauciones, se dispone a conquistarlo como si eso fuera una empresa reservada al «grullo» megalómano que rige sus destinos.

Germanos e itálicos, unidos para una misma empresa cobarde, se aproximan taimadamente a España, como hienas al olor de la carroña. Atacan sus puntos débiles y no sienten el más ínfimo pudor en llamarse naciones poderosas. Igual que miseros colilleros a los que les hubiese tocado la lotería, se vanaglorian de los triunfos parciales como si nadie en el mundo fuera capaz de

semejantes proezas. Y llegan a hacerse la ilusión idiota de que un pueblo viril, que está destronzándose sañudamente durante una retirada sin precedentes, en la que defiende la tierra con las uñas, paso a paso, pueda salir a aclamarlos en su cobarde y recelosa entrada a las ciudades desiertas.

¿Dónde está la venganza de Guadalajara, tan procazmente reclamada a todos los vientos? Necesitan, como en Abisinia, avanzar sobre cementerios, pero no han logrado verles las espaldas a los españoles. Y ahora esas dos naciones que ostentan las heroicidades de Almería y de Guernica, abandonan el control por cobardía, por miedo a tener que torpedearse ellas mismas para hacerse pasar por víctimas, y que luego el mundo les demuestre la superchería. ¿Qué piensan hacer después del ridículo? Mantener en continua alarma a los Gobiernos pacifistas. Obligar a que todo el mundo hable de ellos para poder darse importancia entre sus súbditos. Poner cortinas de humo ante la diplomacia internacional para que vea aún menos de lo de costumbre sus miserables hazañas. Y seguir merodeando frente a las costas españolas para hacer tocar las sirenas y por si encuentran una oportunidad de ejercitarse en el tiro de sus baterías con el menor riesgo posible. Y mientras hacia aquí llaman la atención, siguen metiendo por las puertas que todo el mundo conoce, el material y los hombres necesarios, para continuar con toda clase de seguridades, la conquista de España.

**La orden es: Adelante. El que vacila en esta hora suprema es un enemigo encubierto**

**El pueblo renueva hoy, con el sacrificio de sus hijos más queridos, su voluntad de victoria. El pueblo vencerá, porque apoya su voluntad de vencer en su capacidad de heroísmo y de sacrificio.**



## Guerra y fascismo

### Lo que es la anarquía

Contra toda nueva doctrina siempre en aquellos campos de que enturbia la pereza intelectual de los más y ataca y amenaza un privilegio, luchan siempre tres potencias nefastas: la ignorancia, la calumnia y la persecución.

Así ha sucedido durante todo el curso de la evolución humana y es natural que así ocurriese también para el anarquismo, que tan profundamente sacude todas las ideas tradicionales y tanto miedo produce en los que viven y se proponen continuar viviendo usando y oprimiendo a los demás.

«La anarquía es la violencia», se grita por todas partes; cuanto por el contrario es de sobra sabido que la anarquía es la negación de la violencia, que es un ideal de sociedad en la cual no haya ninguna especie de imposición del hombre sobre el hombre; ni de los pocos sobre los muchos, ni de los muchos sobre los pocos.

Muchas y variadas son las tendencias que dividen a los anarquistas. Siendo la anarquía una doctrina de libertad y de crítica que no reconoce dogmas ni autoridades, el pensamiento y la actuación de sus seguidores se organizan en maneras diversas, según la disposición moral e intelectual de cada uno y según las circunstancias exteriores en las que cada uno se agita.

Hay anárquicos comunistas e individualistas; hay anárquicos religiosos y arreligiosos; existen los que creen que el concepto de la organización es parte integrante de la idea anárquica y existen los que creen a la organización en contradicción lógica y material con la anarquía; cien criterios diversos, frecuentemente contradictorios, los dividen en las cuestiones de táctica. Discuten, polemizan, se pelean; pero en medio de todas las divisiones una idea común los caracteriza a todos y da a todos el derecho de reivindicar el calificativo de anarquista. Y esta idea es la negación de la fuerza física empleada por el hombre contra el hombre, como factor de orden y de evolución social.

Esta es la idea fundamental, la idea verdaderamente nueva que ha traído el anarquismo: una idea que debe revolucionar todo el modo de vivir de los hombres y abrir una vía nueva.

¿Es esto una utopía irrealizable? ¿O no es más bien un reconocimiento del hecho de que la Humanidad, en tanto que ha conseguido vivir y desarrollarse en cuanto el principio de libertad, ha podido resistir al principio de autoridad de imposición?

Nosotros creemos que eliminada la violencia, los hombres, sea por la necesidad de la vida y por el interés de cada uno, sea por el espíritu de fraternidad y solidaridad que se ensancha a medida que disminuye en los unos la posibilidad de imponerse y en los otros la necesidad de resistir a la imposición, se organizarán de la manera que mejor convenga a todos; como sucede desde hoy, como ha sucedido

actividad donde no entra el privilegio y entre aquellas personas que teniendo interés en estar juntas y en realizar una determinada cosa no pueden imponerse con la fuerza la una sobre la otra.

Nuestros adversarios, aquellos que con la fuerza quieren defender sus privilegios, y aquellos que creen en la posibilidad y en la conveniencia de realizar el bien de los otros por la fuerza y según las propias maneras, tienen el derecho de refutarnos si es que pueden; pero no tienen el derecho, si quieren ser considerados como hombres honestos y leales, de trastocar nuestras ideas y hacernos aparecer como lo contrario de lo que somos.

Guerra a la violencia, he aquí el principio informador de toda la obra anarquista.

Desgraciadamente, con mucha frecuencia, contra la violencia no hay otro modo de defenderse que la violencia. Pero también entonces el violento no es quien se defiende: no es violento el que usa el arma homicida contra

quien con las armas en la mano atenta a su vida, a su libertad, a su pan, sino el asesino que pone a otros en la terrible necesidad de matar o de hacerse matar.

Es el derecho a la defensa, el cual llega a la dignidad de sacrificios, de heroísmos, de sublime holocausto al principio de la solidaridad humana, cuando uno no se defiende asimismo, sino que defiende a los demás con perjuicios propios, afrontando serenamente la esclavitud, la tortura, la muerte.

Todos reconocen y ejercitan como pueden el derecho de defensa; todos alaban o han alabado a quien ha opuesto la fuerza a la fuerza en defensa de una o de otra causa. ¿Será un crimen hacerlo sólo cuando se hace en defensa de los pobres? ¿Será un crimen sólo en la persona de los anarquistas, que si alguna vez son individualmente violentos, si aspiran a una revolución violenta lo hacen, no por espíritu de odio y de venganza, sino porque están convencidos de la necesidad de la fuerza para destruir un régimen homicida que con la fuerza se sostiene, y lo hacen inspirados por el deseo del bien, no de una clase ni de un partido, sino de todos los hombres?

### MOVIMIENTO CONTINUO

No puede negarse que el fascismo es, en cierta medida y calidad, un movimiento de opinión, por mala que ésta parezca. Empezó por unos cuantos traidores a quienes les habían hinchado los bolsillos de dinero para que contactaran asesinos de la peor especie. Se reunían en las plazas públicas armados de pistolas, bombas de mano, garrotes y aceite de ricino, y allí se entregaban a sus expansiones de energúmenos, bajo la protección oficial de la fuerza pública. Sus acciones punitivas iban dirigidas principalmente contra los obreros, cuando éstos se presentaban en número inferior al que ellos reunían. Del choque entre los dos bandos resultaba algún que otro muerto, que solía ser acompañado por espectaculares cortes formados de gente reclutada mediante unas perras, entre los ciudadanos que no tenían ocupación. ¿Quiénes en tales momentos podían cometer agresión alguna contra los agresores de la vispera? Así se especulaba con los caídos y a la sombra de los féretros iban engrosando las filas de los inconscientes que eran arrastrados por la sugestión de la fuerza y por aquel ademán protector de que alardeaban los «camisas negras», al extender el brazo sobre los espectadores.

Poco a poco la marea de sangre iba ahogando en el país donde estas prácticas se iniciaron, a los más dignos ciudadanos. Quedaba siempre la plebe atemorizada y la burguesía, inclinándose cada vez más hacia el partido naciente que venía a protegerla, sin perjuicio de que más tarde la haya sometido a una dieta de hambre que ha debido acabar ya con sus entusiasmos de otras veces.

Convertido más tarde en dueño de Italia, Mussolini ha podido desarrollar la política tanto conocida. Dominando todos los resortes del Poder, sus órdenes encuentran eco en el pueblo, donde siempre podrán reclutarse unos cuantos miles de esclavos, entre los cuarenta millones de habitantes, dispuestos a aclamar al «duce» ante los fotógrafos del ministerio de Propaganda, que se encarga de repartir por todo el mundo los testimonios gráficos de la veneración de los fascistas italianos por su conductor.

Y como todo se movilizaba en la vecina península con fines de reclamo, le había de llegar la hora a esas sesenta mil matrices vacías, que a falta de turistas extranjeros que estampen su firma en ellas, con los resultados por todo el mundo conocidos, han ido a pedir a Mussolini la panacea para remediar su esterilidad. Y este Dulcamara de lujo les ha hecho proposiciones que unánimemente han aceptado. Desde la altura de sus potencias, la oficial y la de tapadillo, el oráculo habló: «Puesto que el régimen puede contar con la tenacidad, con el ardor y con el movimiento continuo de las mujeres fascistas, no habrá obstáculos para la marcha triunfal del pueblo italiano.»

Y ahora que vengan «balillas» aunque no tengan padre reconocido. Esta condición es bien vista por el régimen, que hace de padre putativo a los futuros soldados.

Y luego, será necesario también que estas matronas agradecidas nombren a Mussolini gran oficiante de los cultos de Venus. Es la única investidura que le falta para igualarse a los emperadores romanos.

La estrecha relación que existe entre los dos términos, es tan evidente que no necesita demostración.

En el estado actual de los hechos, está claro que los regímenes fascistas están preparando febrilmente la guerra y provocándola moral y materialmente en el interior de sus países y en el extranjero con sus turbios manejos diplomáticos. A veces, por otra parte, lo confiesan cínicamente, si bien alternando con oportunismo, de cuando en cuando, su posición belicosa con hipócritas y si que también contradictorias declaraciones pacifistas.

Todo esto, sin embargo, no disminuye la gravísima responsabilidad de los regímenes que se llaman democráticos en cuanto a la situación internacional actual, cada día más amenazadora. Puede darse que ellas no quieran hoy la guerra, o la temen más que los regímenes fascistas; pero esto se debe a razones de interés que no se refieren al pasado ni empeñan el porvenir. En el pasado esos países contribuyeron grandemente, como los otros, y alguno más que los otros, a preparar elementos de guerra y a determinar el nacimiento del fascismo; y hoy también ellos van acumulando material incendiario, que aunque sea en un futuro un poco más lejano, está destinado fatalmente a desencadenar la guerra.

Que aquellos imperialistas, salidos vencedores de la última guerra, deseen menos que los vencidos una nueva guerra, es natural. Ellos se han colocado bien y quieren gozar en paz su botín, al menos por un poco de tiempo, mientras dure la digestión y no surja la posibilidad de un botín todavía más tentador. Esa es la razón verdadera de su pacifismo transitorio, pero pacifismo armado hasta los dientes y no la democracia, reducida por otra parte a su mínima expresión por su ordenación interior. Y su egoísmo conservador, en tanto determina el furor fascista de los imperialismos adversarios, tiende a madurar el peligro fascista incluso en su propio seno.

Pero el fascismo es sólo en parte y hasta un cierto punto la causa de la guerra, puesto que él mismo es un derivado de la guerra, una consecuencia del imperialismo y del capitalismo. Sólo que desarrollado hasta llegar a ser una fuerza autónoma y volitiva, también él, a su vez, de efecto, ha llegado a ser causa o una de las causas más fuertes de la guerra; y hoy es el agente activo de guerra más peligroso.

Es preciso no olvidar esta estrecha relación que existe entre capitalismo y estatismo y, por

consiguiente, entre capitalismo y fascismo, incluso en la preparación de la guerra; como es preciso tener continuamente presente que si el fascismo conduce a la guerra, es la guerra la que nos ha conducido a la guerra. Esto, especialmente, deben recordar ciertos antifascistas, todavía pocos, por fortuna, pero que no llevan camino de disminuir, los cuales, por un exceso de pesimismo y de desconfianza en sí y en los otros, se ven empujados a encontrar en la guerra un camino de salida, una ocasión de librarse de las fauces monstruosas del fascismo.

¡Terrible ilusión! Terrible, que por una parte predispone a la expectativa fatalista y a la expectación pasiva de la guerra y, por otra parte, adormece o disminuye las fuerzas de resistencia, únicas que podrían impedir la guerra y vencer al fascismo. Terrible por la fatal desilusión, triste como todas las espantosas consecuencias de cualquier guerra. Porque si es probable que de la guerra quede aplastado el fascismo en nuestra casa, el actual—si bien por desgracia es posible también el opuesto—, es, por el contrario, más que seguro que como fenómeno general el fascismo de uno u otro estilo encontrará ventaja. El militarismo triunfante, le dará vida, en los países vencedores, incluso en aquellos donde no existía primitivamente; y en los países vencidos se abatirá un fascismo simplemente para ser sustituido por otro.

Naturalmente, las fuerzas populares revolucionarias harán todo lo posible para salvar las razones de la Humanidad, incluso en medio de los saturnales de sangre y de muerte, para agarrar cualquier ocasión que se presente de abatir al fascismo con todos sus cómplices, con todos sus generadores, y de eliminar para siempre las principales causas económicas y políticas de la guerra, estatismo y capitalismo. Pero la guerra hará extraordinariamente difícil su misión y las consecuencias nefastas de la misma disminuirán en cualquier caso su éxito. Y lo aliarán con los más grandes peligros de desviación y de degeneración. Es antes de la guerra, no después, cuando debe estallar la revolución, que es necesaria para abatir el fascismo.

Fuera las ilusiones; y no sigamos el ejemplo de los pacifistas y de los demócratas de gobierno, que, quizás porque son bastante menos demócratas y pacifistas de lo que dicen, por miedo a la guerra, intrigan con los regímenes fascistas, los ayudan con armas y dinero, violan también ellos el derecho de gentes y no hacen más que hacer a la guerra más próxima e inevitable.

Los pueblos pueden salvarse del fascismo y de la guerra con la propia acción directa: la revolución. Pero, ay de ellos si, por ahorrarse el esfuerzo fatigoso y el sacrificio duro que toda revolución requiere, esperan la salvación o el mal menor de la guerra o del fascismo.

Tendrán siempre y en todo caso los peores de los males: el exterminio, el hambre, la esclavitud.

### ¡¡¡Trabajadores!!!

leed todas las mañanas

**“Castilla Libre”**

Talleres Socializados del S. U. I. G.